La correspondencia al administrador DON EUGENIO GIORGI.

EL JARDIN,

ADMINISTRACION calle de San Mateo núm. 22, Madrid.

RAMILLETE SEMANAL DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

DIRECTOR, D. ANGEL MONDEJAR Y MENDOZA.

Año I. Domingo 28 de Setiembre de 1866. Núm. 8.°

SUMARIO.

Revista de la semana, por Cárlos Moreno Lopez — *Vias de comunicacion*, por Mariano Muñoz.—*Don Francisco Asenjo Barbieri*, (reseña biográfica.)—*El delirio*, por A. M. y M.—*Su llanto*, por Constantino Gil.—*Una historia por un duelo*, por Pedro Francisco Reymundo.—*Epigramas*—*Pensamientos.*

REVISTA DE LA SEMANA.

Una profecía cumplida.—Proyectos de ópera francesa.—Problema.—Jovellanos y el pintor Plá.—Calderon y Lope.—Entre Scila y Caribdis.—¡Me escamo!!—Poliuto.— Credo in Dio.

PÉSAME de haber sido profeta, al conceder en uno de nuestros números anteriores una efímera vida al teatro del Circo.

La zarzuela está en decadencia, lectoras mias; la voluble rueda de la diosa fortuna ha dado una vuelta fatal para aquel espectáculo, y tengo para mí que se necesita poco menos que un milagro para que vuelva á renacer, nuevo fénix literario, de sus apagadas cenizas.

Una evidente prueba de ello la hemos tenido en el coliseo de la plaza del Rey.

En él se formó una compañía lírica, compuesta de apreciables artistas, que empezó sus trabajos con un ardor y un entusiasmo dignos de mejor suerte. Pero al ver las obras que ponia en escena, al ver casi desiertas las localidades de su teatro, al ver debutar en él á algunos aficionados, que como tales son muy buenos, pero que les falta aun mucho para llegar á lucirse en las tablas de un teatro público, digimonos, no sin pesar, esto acabará pronto.

Y asi ha sucedido efectivamente, segun de público se dice.

Apenas llevaba un mes de existencia, pero de una existencia lánguida y soporífera, sin accidentes que escitáran un poco la atonía fatal que la devoraba, la zarzuela ha pasado á mejor vida, envuelta en el sudario de la pública indiferencia.

Dícese que la sustituirá la ópera francesa y que se han puesto de acuerdo, al efecto, un empresario que ha sido del teatro Real y un célebre tenor cómico muy querido del público madrileño y que ha hecho sus delicias en el teatro de Jovellanos.

Y aquí tenemos otro problema que resolver. En caso de que la ópera francesa viniese á Madrid, ¿cuenta Madrid con elementos suficientes para mantener la lucha entre dos teatros de ópera?

¿Será capaz el teatro del Circo de establecer competencia con el teatro Real?

Ardua tarea es en nuestro concepto intentar siquiera realizarla: pero en caso de llevarse á cabo, nos alegraremos de que la nueva empresa encuentre lo que busca.

Jovellanos abrió sus puertas el miércoles último.

El aspecto que presenta la sala despues de las reformas hechas en la misma, es grandioso.

Lo primero que cautiva las miradas del espectador, es el magnífico techo, obra del pintor Plá, techo que por sí solo haria la reputacion de un artista.

Representa el fondo un soberbio celaje, lleno de luz y de ambiente, donde campean con sin iguales medias tintas simbólicas figuras dibujadas con notable maestría, resaltando admirablemente dos que, magníficos retratos de Calderon y de Lope, se presentan tan naturales y tan perfectamente acabados, que mas que *pintados* parecen las imágenes vivientes de aquellos dos grandes talentos.

Una cosa nos disgustó y no fué á nosotros solo.

La empresa, por aumentar el número de las butacas, ha colocado las filas tan juntas, que es poner una pica en Flandes pasar al centro de una de aquellas. Las señoras, sobre todo, sufren una contínua molestia, y hay hombre que por no ver arrugarse el gracioso entrecejo de su vecina, se está toda la noche clavado en su sitio, prefiriendo este sacrificio á las incomodidades que causa pretendiendo franquear aquel estrecho.

Los Bufos Madrileños han dado treinta y una

Biblioteca Nacional de España

representaciones del jóven Telémaco y todas con unos llenos envidiables. Si en lugar de ser tan pequeño el teatro de Variedades, hubiera sido de regular cabida, el Sr. Blasco se pone las botas, como vulgarmente suele decirse.

El *me escamo*, que últimamente ha visto la luz en el mismo teatro, ha hecho poca gracia y se agostará en breve, á pesar de las *verdes* gracias en que abunda. Lástima es y grande, que ya que la escena no sea siempre una escuela de buenas costumbres, se convierta, por el contrario, en una esposicion de chistes y arranques humorísticos, que proporcionan á apreciabilísimos autores poco benignas censuras de parte del auditorio.

La última novedad del Real, á esta fecha, ha sido *Poliuto*. Conoceis la partitura y nada puedo añadir á los elogios que de la misma habra hecho vuestro buen gusto, lectoras.

Desde el magnífico andante de su sinfonía, ejecutado por la madera, hasta la última nota final, todo es un sucesivo raudal de inspiracion y melodía.

La orquesta ha estado brillante, intachable siempre.

Los coros *un tantico* flojos.

La banda militar en estremo desafinada.

Carlota Marchissio ha cantado como ella solo sabe, arrebatando en el duo del acto tercero, que promovió un altercado por si se habia ó no de repetir.

Fraschini se hizo aplaudir en su aria del segundo acto, pero decayó mucho en el célebre *credo*. Lo dijo con tal *sans fazon*, que cualquiera hubiera creido que se arrepentia, *in mente*, de haber abjurado del paganismo. Nos acordamos sin querer de Tamberlik, que tan vehementemente espresaba aquella situacion del mártir cristiano, que corre á la muerte apostrofando los falsos idolos y arrancando del alma estas sublimes palabras de consuelo y de esperanza:

Credo in Dio re del Cielo.

El barítono De-Bassini, es ya una ruina: nos gusta mucho haciendo de fraile lego y no nos gusta nada como procónsul romano: esta es la verdad.

Y... lectoras, hasta el domingo.

CARLOS MORENO LOPEZ.

VIAS DE COMUNICACION. (1)

—

(*Continuacion.*)

Concluiamos el artículo anterior examinando si las vias de comunicacion debian ser construidas ó no por el Estado: marcabamos la conveniente distincion entre las obras de seguridad, y las que ejecuta movido del interés que de ellas puede sacar; negándole en las últimas tal derecho; en este, nos corresponde presentar los principales argumentos que se han dado por los partidarios de una ú otra opinion.

Una de las mas sólidas razones que se pueden esponer para demostrar que las vias no deben ser construidas por el Estado es que en la construccion de estas ha habido muchas veces parcialidad por parte de personas que han ocupado elevadas posiciones, pues en tanto que estos se han dedicado con solícito esmero á dotar de escelentes vias las poblaciones en que nacieron, dejan casi abandonadas aquellas con las que no les une ningun vínculo. A esta razon se ha contestado diciendo, que el haber parcialidad es un abuso de derecho y que este nunca constituye el uso, y ponen el ejemplo de lo que sucede con la moneda falsa que apesar de ser perseguida circula muchas veces en los mercados. Sin embargo, aunque haya habido esa parcialidad; este sentimiento es justo y legítimo, porque suponiendo que es necesaria la construccion de una carretera, de un ferro-carril, es natural que prefieran su pais natal á ningun otro.

Siguiendo nuestro exámen debemos preguntar. ¿Tienen las provincias derecho á exigir que el Estado les construya vias? ¿Si una capital de provincia necesita por el desarrollo de su industria y comercio, una via de comunicacion, que la una y enlace con otra capital de provincia, tendrán estas derecho para exigir su construccion? ¿Reconocerá el Estado el deber de construirla? No. ¿Qué tiene que ver el Estado con los intereses mútuos de esas capitales de provincia? Nos dirán que la necesidad así lo exige. Pero, ¿no son necesarias en todas partes las vias? ¿Con qué derecho han de ser preferidas estas dos capitales á cualquiera otra? ¿No tendrian el mismo derecho para exigirlo otras? Creemos que sí: pues bien, á estas dos capitales citadas si les conviene á su mútuo interés abrir caminos, si ellos han de esperimentar los beneficios que de su construccion resulten, ellas son las que deben construirlas y no tienen derecho alguno para exigir esto del Estado.

Pero aun podemos presentar argumentos muy poderosos. El Estado ha de tener siempre dignidad y nunca se debe rebajar á ocuparse de cosas que le humillen y hasta que le puedan ser perjudiciales: así pues, un Estado que resuelve las grandes cuestiones que agitan al mundo, no debe descender y mezclarse entre estas cuestiones de puro interés particular, como lo son las carreteras. Y no hablamos solamente de aquellas que enlazan dos pueblos ó aldeas, sino de todas en general.

Por último, para concluir esta materia de quien debe construir las vias, se puede hacer una pregunta. El Estado cuando construye una via, ó lo hace bien ó lo hace mal. Supongamos que hace una via y sale bien. Entónces ¿por qué no la deja al particular? ¿No lo haria este igual? Sí. Pues entonces ¿por qué no se quita esta carga que no es propia de su dignidad? Supongamos que construye la via mal. Entonces ¿por qué no lo deja á los particulares que con pleno conocimiento de sus intereses la construirian de la manera mas conveniente? Por todas las razones que hemos enumerado, no podemos conceder al Estado la construccion de las vias férreas,

(1) Véase el número anterior.

Biblioteca Nacional de España

III.

Réstanos analizar la quinta y última cuestion, la cual es, una vez construidas las vias, quién debe esplotarlas, si el Estado ó los particulares. Esta cuestion es nueva y en los tiempos de Adam Smith no preocupaba á los economistas, pero desde el descubrimiento de los caminos de hierro ha tomado una gran importancia. Mr. Dupuit dice que el Estado no debe esplotar ninguna clase de industria, y que si lo hace debe estar justificada esta esplotacion por un hecho escepcional ó por circunstancias especiales.

En estas palabras se apoyan algunos para sostener que la esplotacion de los caminos de hierro ha de hacerse por el Estado, y de ninguna manera por los particulares, sosteniendo que si por estos últimos se hacen puede existir el monopolio, y que este es el hecho escepcional que justifica la esplotacion por el Estado; pero nosotros desde luego podemos decir que tal hecho escepcional, que tal monopolio no existe, puesto que, ó haciendo públicos los caminos por los cuales el primero que llegase pudiera hacer circular sus wagones particulares, sujetándose á medidas de órden y de policía, ó permitir la libertad de construccion de toda clase de vias; no habrá lugar entonces á ningun hecho escepcional que justificase el tener el Estado esta industria.

De estos dos medios que se pueden emplear para quitar al Estado la esplotacion de las vias férreas; el primero, es decir, que sean públicos los caminos, es poco menos que imposible porque aquellos que podrian hacer que esto se verificase son precisamente los interesados en que no suceda. El segundo medio, es decir, la libertad de construccion, es quizás la verdadera solucion económica, y de esta suerte todas las compañías que hubiesen justificado tener un capital suficiente para construir un camino de hierro deberia permitírsele hacerlo cómo cuándo y por dónde quisiera, sujetándose únicamente á reglamentos de policía.

A esto se ha puesto una objecion, y es que habria competencia, y que como las empresas de los caminos de hierro no son siempre seguras, puesto que si hay grandes probabilidades de ganancias, tambien las hay de pérdidas; admitir la concurrencia ilimitada seria quitar las primeras probabilidades de los beneficios, para no dejar sino las segundas. Sin embargo, esta objecion fácil es de contestar porque una empresa tan considerable como la de un camino de hierro, solo puede temer la competencia en un solo caso que es cuando los intereses sean muy lucrativos; asi, si un camino de hierro gana el 8 por 100, dos paralelos ganarian la mitad, es decir, el 4 por 100, interés por el cual no se construiria otro camino, pues el capital invertido en este, en cualquiera parte produciria un interés mas alto. Por otra parte la esperiencia acredita que cuando una empresa celosa de las ganancias que obtenia otra ya establecida, ha querido construir un camino de hierro paralelo para hacerse una competencia segura, este estímulo de lucro y el deseo de superar la una á la otra, les ha hecho bajen las tarifas, tanto, que no compensando los productos y los gastos, se han arruinado las dos. Por estos datos vemos que la competencia por medio de ferro-carriles paralelos es imposible de realizar.

(Continuará.)

Mariano Muñoz.

DON FRANCISCO ASENJO BARBIERI.

—

La reputacion de que hoy goza Barbieri nos obliga á dar á conocer al público algunos ligeros apuntes tomados de la biografía publicada el año1851 en un acreditado periódico de esta córte.

Nació D. Francisco Azenjo Barbieri en 3 de agosto de 1823, en la villa de Madrid y su calle del Sordo.

Vió la luz primera en los momentos en que su padre D. José Asenjo (correo de gabinete) volvia de un viaje en el que por haberse comido los pliegos que le habian confiado, antes que permitir entregarlos á los enemigos, que se los pedian, habia recibido una herida, de cuyas resultas murió al poco tiempo. Citamos este hecho porque á él debió que en época mas avanzada las córtes les señaláran una pension de tres reales diarios.

Pasó su infancia entre privaciones, hasta que su madre doña Petra Barbieri, contrajo segundas nupcias con don Luciano Martinez, el acreditado profesor y catedrático de ciencias exactas, á quien debe los buenos principios de su educacion y las consideraciones de verdadero padre.

Despues de estudiar con fruto latinidad, retórica, poética, oratoria, gramática general, nociones de griego etc., se decidió por la carrera de ingeniero, dedicándose sucesivamente á las matemáticas, la física, la química, y demas asignaturas, en las que consiguió sobresalir siempre.

Su abuelo don José Barbieri era el alcaide del teatro de la Cruz; donde habitaba nuestro estudiante y llegó á desarrollarse allí en él, tal aficion á la música que determinó no seguir otra carrera.

Empezó á estudiar solfeo con un profesor del teatro llamado don José Mayorito.

Pasó despues al Conservatorio de María Cristina á estudiar el clarinete, cuyo instrumento llegó á tocar medianamente.

Habiendose quedado solo en Madrid, cuando murió su abuelo, y estando escaso de recursos, no tuvo otro remedio que ajustarse de corista en el teatro del Circo.

No debilitaron las desgracias su entusiasmo: al contrario, todas las clases del Conservatorio le parecian pocas para su estudio. El canto, el piano bajo la direccion de don Pedro Albeniz y la composicion bajo la de don Ramon Carnicer, eran sus estudios favoritos.

Cantaba en el Conservatorio papeles de primer barítono en las óperas; en el Circo hacia partichinos, y tocaba el primer clarinete en la banda del quinto batallon de la Milicia Nacional,

Biblioteca Nacional de España

que fué donde se ejecutó su primera composicion que es un *paso doble en fá*.

Para el beneficio del cuerpo de coros del Circo escribió Barbieri el libreto y música de una zarzuela titulada *Felipa* que no pudo ponerse en escena por no estar terminada á tiempo.

Del Circo salió para maestro de coros, en cuyo puesto y en el de maestro director estuvo algunos años recorriendo las provincias de España de Norte á Mediodía.

En Salamanca estuvo dedicado á la enseñanza musical y á la direccion del Liceo tres años, al cabo de los cuales volvió á Madrid, decidido á concluir una ópera que estaba componiendo, titulada *Il Buontempone* y á continuar su carrera artística: era el año 1846.

Hasta esta época no ha habido puesto que Barbieri no ocupe en el teatro, desde corista á director, desde copiante de papeles á compositor, en este ramo seria muy difícil, si no imposible enumerar las piezas de música de todos géneros que ha escrito.

Iba á ser cantada su ópera en el Circo por los señores Fornasari, Salas y otros artistas, cuando las revueltas políticas fueron causa de que se cerrara el teatro.

Se dedicó entonces á dar lecciones, y á la sazon fué nombrado secretario y archivero de la seccion de música del Liceo de Madrid, ingresó en la sociedad titulada *España musical*, que trató de plantear la ópera española.

Compuso despues la zarzuela en un acto *Gloria y peluca* que tuvo un brillante éxito, lo mismo que otra titulada *Tramoya*, tambien en un acto.

Poco despues puso en música el acto segundo de *La Picaresca*, obra que por su libreto y otras circunstancias no se ha vuelto á representar.

A poco se estrenó en el Circo su magnífica obra titulada *Jugar con fuego*.

Desde entonces han sido muchas las obras de este privilegiado génio y la mayoria han logrado éxitos asombrosos.

Ultimamente le hemos visto plantear y llevar á cabo esa série de conciertos, que han sido la admiracion de todos, tanto porque en ellos se resucitaba el buen gusto de la música, fatalmente estragado en nuestra patria, cuanto porque ha sabido demostrar que España puede competir con las demás naciones en su vida artística.

La prensa unánime le ha rendido el tributo que se merece.

Su nombre es conocido en toda Europa.

EL DELIRIO.

—

Yo no puedo vivir, me han arrancado
Mi pobre corazon, no tengo aliento
Mis ayes doy á Dios, que me ha olvidado,
Y mis suspiros á merced del viento.
¿Dónde están los placeres?
¿Dónde de la fortuna el áureo trono?
¿Qué buscan esos seres
Que al negarme su amor, me dan su encono?
¿Por qué cerradas, por mi mal, contemplo
Las puertas de la suerte?
¿Por qué se cambia mi amoroso templo
En templo de la muerte?
¡Ah! cuando suene, con dolor, la hora
Postrera de mi vida,
Cuando ruede mi lánguida existencia
Por el ámbito ignoto, en el que mora
El infinito que á los mundos cuida,
Cuando solo un recuerdo
Quede en la tierra de mi mente osada,
Entonces cesará mi desventura
Que el placer y el dolor, al ver la nada,
No entrarán en la humilde sepultura.
Yo enfermo vivo, con mi dura suerte,
Con mi dolor febril, sin que una estrella
Guie mis pasos, temple mis pasiones,
Los alitos traidores de la muerte
Dejaron en mi ser profunda huella,
Que no podrán borrar las ilusiones.
Un dia medité, jamás mi mente
Sentí tan exaltada,
Un abismo de sombras distinguia,
Y un piélago de lava ardió en mi frente
Pobre del corazon, do quier veia
Los mares agitarse,
Chocar los astros, igneos borbotones
Lanzar el sol, el cielo desplomarse
Sobre la tierra, y su estertor profundo
Cual ronco trueno deshacer al mundo.
Qué horrible sensacion! el pensamiento
Luchaba en vano, bárbaro martirio
Torturaba mi fúnebre existencia,
Secaba mi conciencia,
Ahogándome en los mares del delirio...
Y vivo, y siento, y mi dolor acrece
Y aun puedo tolerar tanta amargura:
¿Por qué no brota un mar bajo mi planta
Que dé á tantos dolores, muerte dura.
Yo quiero detener mi pensamiento
Parar el curso á mi delirio loco,
Y el volcan de la fiebre me devora:
Agotóse por fin el sentimiento,
Y la tremenda realidad que toco
Pide al Dios del dolor mi última hora.
La calma bienhechora
Sustituye por fin á mi quebranto,
Ya respiro mejor, ya mas tranquilo
Descansa el pecho, pues me alivia el llanto
La espada del amor con rudo filo
Desgarró mi ventura,
Yo amé, yo amé con férvida locura
Y una mujer ingrata
Se burló de mi fé; solo en el mundo
Mi pasion en la muerte se retrata
Mi fé yace incrustada en lodo inmundo.
¡Ah! que dulce es la vida sin dolores,
¡Qué hermosa es la salud, ya me figuro
Verme en un campo entre fragantes flores,
Disfrutando de un aire suave y puro,
Ya en la tibia estacion de los amores,
Que hace brotar del peñascal mas duro
Verdes campiñas, que se miran llenas
De rosas, de claveles, de azucenas.

Biblioteca Nacional de España

Ya en la orilla del rio que murmura,
Ya al pié del manantial que cauto llora
Ya en el torrente cuya voz mas dura
Es de la soledad reina y señora,
Ya en el arroyo que nos dá frescura,
Ya en la mar altanera y bramadora;
En todas partes, sin dolor, dormida
Vaga el alma al arrullo de la vida.
De pronto el horizonte
Negro se mira en rededor, la tierra
Del ancho llano, al elevado monte
Se abre en abismos, que encendida guerra
Derramando dó quier á llamaradas
Como laba horrorosa
Se estiende presurosa
Dejando las conciencias abrasadas.
Es la tea del mal, es el averno
Que ronco cruje al dominar el mundo,
Son las pasiones que nos dá el infierno
Envueltas en el fango mas inmundo.
Yo en el lecho postrado y abatido
Recuerdo mis dolores,
Yo no puedo vivir, lo que he sufrido
Me hace esperar tormentos aun mayores.
Solo en el mundo, sin amor, sin guia
Sin amistad, sin fé, sin confianza
¿Podré acaso, esperar que llegue un dia
De consuelo, de paz y de esperanza?
No, que una sombra apaga y entorpece
La evolucion del pensamiento mio,
No, que el dolor con impetu bravio
Mas y mas cada vez se aumenta y crece,
¡Dios mio! ten piedad, mi fé te admira,
Mi pecho en su dolor ya no respira
Mi pobre corazon despedazado
Tan solo muerte y destruccion desea...
Pero no, con tu nombre he despertado
Mi delirio ha cesado,
Tu nombre me salvó, bendito sea.

A. M. M.

(1862).

¡SU LLANTO!

—

Yo te he visto llorar una y mil veces,
Y he visto que tus lágrimas mentidas
Se evaporaban todas, al contacto
Ardiente, abrasador de tus megillas.

—

Dicen que tienes corazon sensible
Los que te ven llorar, ¡ay! no adivinan
Que nunca llega al corazon tu llanto,
Que todo se evapora en tus mejillas!!!

Constantino Gil.

UNA HISTORIA POR UN DUELO.

—

(Conclusion.)

Una vez en la coronada villa, me dediqué con ahinco á pulsar concienzudamente esa multitud de negocios grandes y pequeños, insignificantes y trascendentales que al cabo del dia se llevan á efecto por un respetable número de personas mas ó menos aptas é idóneas en materias financieras, y á las pocas semanas de un detenido estudio, pude convencerme de lo útilmente que podia emplear mi corto peculio, si para ello no carecia de maña y la suerte era propicia. Decidime pues por la bolsa, y aunque este juego es de los mas azarosos y presenta en algunas fases un colorido de agio insoportable, sin embargo, fiado en mi buena estrella y con la ayuda de escelentes vecinos, surqué intrépido las ondas de ese mar proceloso, que cual esos mares muertos de superficie inmóvil y trasparente, esconde en su seno fango corruptor y deletéreo, tumba segurisima del que descuidadamente se abandona á la limpidez de sus aguas. Yo salí incólume, é hice primeras armas, ó mis primeras jugadas, con un éxito inusitado. Un neófito semejante que tan singular destreza y perspicacia demostraba en el laberíntico juego *bolsil*, no podia pasar desapercibido. Así es que en breve los negocios de algunos banqueros y las fortunas de muchas familias corrieron á mi cargo, y justo es añadir que la confianza dispensada á mi humilde persona no fué desfraudada por el engaño ni la perfidia. A ello concurrió principalmente mi suerte loca. Todos me tenian por mas sábio que Nestor y mas prudente que Ulises. No faltó quien me predijese que con el tiempo eclipsaria á Rothschild, ni tampoco quien me asegurase que para ministro de Hacienda no tenia precio.

Así las cosas, hube de enamorarme como un cadete, *nihil novum sub sole*, nada existe nuevo debajo del sol; por lo tanto no era estraño que un hombre entregado en cuerpo y alma á las agitaciones de la Bolsa, se dejase flechar por el niño Cupido. En verdad que algo contrasta el amor con el comercio, aunque un puro comercio sea este casto sentimiento hoy dia. Es verdad que no se avienen mucho los consolidados con los juramentos, ni el prosáico tanto por ciento con los poéticos transportes amorosos. Pero qué quieren VV., yo amaba con vehemencia, yo discurria en pos de mi adorado tormento por calles y paseos y mas de una vez al lado de una operacion de bolsa, apunté en mi cartera una cita nocturna. En resúmen, amigos mios, me casé. Unime con indisoluble yugo á una mujer hermosa, y en cuyo honor habia yo abdicado muchas veces de mi autoridad financiera para trasformarme otras en ridículo enamorado.

Mi esposa pertenecia á la aristocracia. Los escudos de su blason probaban perfectamente que su estirpe no cedia en lo rancia y preclara á la del Gran Capitan ó el Cid Campeador. Pero esos escudos que en otro tiempo mas feliz brillaron con toda su esplendidez, al presente ni aun

Biblioteca Nacional de España

podian disputar sus reflejos ni su valor á mis escudos de plata. De todo lo cual inferirán ustedes que mi señora solo aportó al matrimonio pergaminos sin cuento y humos señoriales en alto grado. Se hermanaron, pues, el dinero y la nobleza, la alta banca y la aristocracia.

Yo con mis talegas hice relucir de nuevo los robiñados escudos de mi cónyuge. Ella con sus blasones adornó mi carruaje con una corona ducal. ¿Acaso no necesitaba ella una *fusion* semejante? ¿No vemos todos los dias alianzas parecidas, en las que, entre paréntesis, el que pone la *calidad* se cree mas digno y orgulloso que el que pone la *cantidad*?...

¡Ah! mi esposa era de sangre azul, segun á puño cerrado creia, aunque pudo convencerse de lo contrario, clavándose un alfiler en cualesquiera parte de su cuerpo. Su orgullo, su aficion á la córte y su fanatismo por las tradiciones nobiliarias de su raza, alteraron bien pronto las costumbres, los usos, la tranquilidad y bienestar que yo á mi modo disfrutaba, haciendo á la par descender mis fondos de una manera harto visible. Comenzó por obligarme á abandonar los negocios, cosa segun ella decia, impropia de su alto rango y concluyó por llenar mi casa de libreas y árboles genealógicos, no sin hacer esculpir, grabar, pintar y bordar sus armas en todas las puertas, en la vagilla, en las ropas de vestir y hasta en los calcetines y las medias. Su veneracion, su culto por la grandeza rayaban en frenesí, y en breve, muy en breve, los *soirées* y los convites atrajeron á nuestro alrededor una turba de parásitos que hicieron de mi morada su mansion favorita, su comedor perpétuo, el palenque de sus devaneos y el cuartel general de sus murmuraciones y de sus farsas. Preveyendo un resultado fatal si mi mujer seguia desechando tan á tontas y á locas el fruto de mis asíduos trabajos, apoderéme de todo el dinero disponible y lo depositè en poder de un antiguo cliente mio, á la sazon acreditado banquero. No pasaron muchos dias sin que mi noble Sofía, tal era su nombre, necesitase algunos miles de duros. Seis cuentas enormes de su modista y otra no menos respetable de Montalban, que encontré en el despacho, probaron que mi presuncion no fué infundada. Era martes, dia aciago, y harto de satisfacer deudas á diestro y siniestro y resuelto á no ceder mas á los fútiles y vanos caprichos de mi esposa, le devolví sus facturas con esta nota al dorso: «*No hay dinero.*» A los pocos momentos entró en el despacho hecha una furia y me llena de injurias y denuestos, amenazándome con el escándalo y exhortándome en honor de su raza, frase favorita, una obediencia pasiva á las exigencias que su alta alcurnia reclamaba. Mi única contestacion fué un *no* soberano. Colérica y fuera de sí se lanza sobre la mesa y desahoga su rabia en los papeles y los libros, convirtiendo mi despacho en un nuevo campo de Agramante. En tal situacion cojo el sombrero y sin decir esta boca es mia, me planto en la calle con el corazon traspasado de dolor. ¡Cómo esplicar á VV., las angustias que pasé aquel malaventurado dia! ¡Las aflicciones que llenaron mi alma! ¡Los desengaños que devoré en pocos instantes! ¡Cuán arrepentido me hallaba de haberme casado con aquel mónstruo! Envidioso de la felicidad del jornalero que en medio de su querida y cariñosa familia devora el corto fruto de sus sudores, renegué de mi posicion, lamentéme de las exigencias sociales y de los deberes que impone el alto mundo, sin duda como purgatorio á las almas débiles ó corrompidas.

¿Qué hacer en semejante caso? ¿Qué partido tomar en vista de un suceso que nos lanzaba á mi esposa y á mi en el terreno de las recriminaciones y de los ódios? Huir del mundo, de mi compañera, y encerrarme en ignorado asilo á disfrutar tranquilamente de' resto de mis dias. Tal fué la idea que se apoderó de mi mente.

Por de pronto y para dar tiempo á que se despejara la atmósfera doméstica que tan cargada de electricidad habia dejado, marché á Aranjuez de donde dirigí á mi cara mitad estos renglones.

«Señora: Un poco mas tranquilo en esta ciu»dad, donde he creido encontrar un lenitivo á »mis pesares, le participo que en breve tornaré á »esa, pero advirtiéndole que deseo un género de «vida diferente al que hasta ahora, y por su cul»pa, he sobrellevado. Nada de trenes, nada de »gastos supérfluos. Quiero montar mi casa bajo »un pié de modestia y de tranquilidad digno de »las personas que, sin dejar de vivir en el buen »tono, no malgastan su existencia entregados á »los placeres mas exajerados.

»Sin esta mi formal é irrevocable voluntad, no »podremos nunca ponernos de acuerdo.»

¿Saben VV. la contestacion que recibí algunos dias despues? Un periódico que contenia la siguiente gacetilla circundada por una raya de tinta, para llamar mas pronto mi atencion:

Lo sentimos. «La linda duquesa de X ha sufrido ayer un terrible ataque de nervios que puso en peligro su existencia. Parece que la conducta un poco equívoca del señor Duque ha sido la causa de tan lamentable accidente.»

Al acabar de leer tan villanas líneas, quedéme petrificado. El golpe, amigos mios, era seguro y asestado por quién, por un periódico de los que mas circulaban, de los que mas fama de veracidad tenian! Urdimbre tan grosera inventada por algun menguado enemigo de mi honra; urdimbre que quizás en mi misma casa se hubiesen atrevido á propalar, escitó en mi un deseo tal de venganza, una sed tan abrasadora de sangre, que ébrio de furor regresé á Madrid decidido á castigar terriblemente al infame autor de la gacetilla. Corro á la redaccion del periódico y averiguo que la buena fé del director ha sido sorprendida, y á fuerza de mil pesquisas solo se consigue saber que la fatal noticia fué llevada no se sabe cuándo ni por quién. No habia duda, el enemigo se ocultaba en mi misma casa; allí era preciso buscarlo y allí me dirigí dispuesto á tener con mi esposa una decisiva y solemne esplicacion. Subo á mis habitaciones y solo encuentro á mi fiel criado que pálido y descompuesto me recibe de esta manera:

—¡Señor, no hay nadie... no hay nada!

Biblioteca Nacional de España

—¡Cómo! grité sin poderme contener y presintiendo la desgracia que me amenazaba... La señora...

—Se ha marchado al estranjero hace tres dias.

—¿Las alhajas?..... proseguí en mi aturdimiento.

—Todo se lo han llevado ó vendido. Solo quedan los muebles.

—¿Y con quién se ha marchado? Con algun pariente, con alguna amiga quizás!

En seguida corro á mi despacho. Los cajones del *secretaire* yacian abiertos á viva fuerza; los papeles y los libros en el mismo estado que los dejé á mi marcha á Aranjuez. Recorrí toda la casa é igual alteracion encontré. En todas partes cajones abiertos y ropas insignificantes diseminadas por el suelo. Entonces caí desplomado sobre una silla y por un momento no pude impedir que se escapasen de mis ojos dos gruesas lágrimas.

Yo el ofendido, la víctima, yo su esposo, preferí que mi deshonra quedase ignorada aun de mí mismo.

¡Qué mas castigo que su falta! ¡Qué mas venganza que sus remordimientos!...

Despues de mil reflexiones parecidas, que cual bálsamo consolador fortificaron mi decaido espíritu, traté de coordinar mis ideas y para acallar la curiosidad del momento y dar una aparente satisfaccion de lo que sucedido habia, y que aunque levemente era indudable que traspirase al público, decidíme á recojer mis fondos y partir lejos de España á cuyo efecto participéle á mi banquero tal resolucion. Consulté el relój y eran las doce de la mañana. Encargué á mi criado la venta de los muebles y al punto echéme á la calle con direccion á la casa de mi depositario. Llego, pregunto por él y me contestan que se halla en la bolsa, pero que es corta la tardanza.—Entre tanto, me dije, vóime á refrescar la mente con un paseo. Y uniendo el dicho al hecho, saco la petaca, y enciendo el único *trabuco* que contenia. El deseo de apurar el tabaco, que era escelente, hízome invertir en el paseo doble tiempo del que calculé. Torno en busca de mi banquero, penetro hasta su despacho y cuál no seria mi asombro al encontrarme una carta en vez de una persona y esta noticia en lugar del dinero:

«Sr. D. N... Una jugada de bolsa me ha ar«ruinado, y en ella tenia comprometido sus fon«dos de V. Me encuentro lejos de aquí porque la «vergüenza y la desesperacion así me lo aconsejan. «Quizás al recibir V. esta carta, habré dejado «de existir.»

Mudo de estupor no pude exhalar ni siquiera una queja. Salí de aquella casa precipitado; convulso, llamando la atencion con los hondos suspiros que de mi pecho se exhalaban.

¡Deshonrado, pobre, ¿qué iba á ser de mi en una córte donde tanta fama de riquezas tenia, y tan pública habia sido mi existencia? ¡Caer de una bella cúspide á la profunda sima de la miseria y del desprecio! ¡Ah, yo sufria todos los tormentos imaginables; yo devoraba la mas odiosa de todas las decepciones humanas.

Por último, huí lejos de Madrid. Espatriéme por algunos años. En Francia, mi bienhechor asilo, mantúveme dando lecciones de español y de teneduría de libros. Solo la idea de morir en tierra estraña, solo la idea de no volver á ver mi querida patria, hízome abandonar el suelo hospitalario donde ganaba gustoso el pan con el sudor de mi frente. Y al cabo, un dia arreglé mi equipage, reuní mis ahorros y parodiando á Breton de los Herreros, esclamé: «á Madrid me vuelvo,» y volví á la villa y córte de once años de destierro. Ya, como nadie me ha de conocer á causa de lo cambiado que me encuentro y del largo tiempo de mi ausencia ¿quién duda en volver á sus antiguos lares? quién no corre á saludar por última vez, el teatro de sus glorias y de sus infortunios? Esto me dije y hé aquí justificado el motivo de mi regreso á una ciudad de tan amarga memoria.

Hasta aquí mis aventuras pasadas. La causa que ocasionó el desafío y que dá lugar á la presencia de VV. en este sitio, es muy sencilla.

III.

—Hombre singular! hombre desgraciado! esclamé yo sin poderme contener.

—Pero en fin, repliqué; V. debe perdonar, reconciliarse...

—Jamás! gritó colérico D. Inocencio. Hay heridas, jóven amigo, que siempre manan sangre; llagas que jamás se cicatrizan. Ahora solo les exijo que no den publicidad á lo que acabo de referirles. Y esto lo digo porque como V. es aficionado á las bellas letras y anda á caza de asuntos, fácilmente podria tentarle el deseo...

—Si, la historia de V. encierra una leccion tan elocuente, que no quisiera privar de ella á mis ectores.

—En ese caso, pase V. por alto los nombres. Es lo único que exijo. Si algo enseña lo que he contado, publíquelo en buen hora, mas advierto que los incrédulos son muchos, y que el siglo del escepticismo solo rinde culto á la Diosa Indiferencia.

—Es verdad, pero la esperiencia no es acaso la mejor maestra del mundo?

—La esperiencia! contestó D. Inocencio con sarcasmo. La esperiencia, á pesar de ser tan vieja como el universo, hace muy pocas obras de caridad y es que ese don solo se consigue cuando el mal ya no tiene remedio.

En seguida pretestando que tenia un poco que hacer, nos despedimos mi amigo y yo de aquel sér desgraciado que cautivára mi admiracion de tal manera.

Hoy, cumpliendo lo que le prometí, doy á la estampa su historia, que lo mismo puede haber tenido lugar en Madrid que en Paris; en Lóndres como en San Petersburgo, pero que indudablemente suele pasar en cualquier parte y con circunstancias mas ó menos agravantes.

Pedro Francisco Reymundo

Biblioteca Nacional de España

EPIGRAMAS.

—

¡Qué metódico es don Diego!
«Ninguno apunta mejor.»
—¿En comedias?—No, señor.
—¿Pues dónde apunta?—En el juego.

J. Rico.

PARTIDA DOBLE.

Estás mala y se asegura
Que el doctor te tiene amor.
Por eso el pueblo murmura
Que al par que el doctor te cura
Estás curando al doctor.

Constantino Gil.

—

Una vieja se moria,
Y el marido de ayes harto.
Entrar á verla en el cuarto
A viva fuerza queria;
Y viéndose detener
Por amigos, clama al cielo:
¡Dejad, que siempre es consuelo
Ver morir á su mujer!

R. J. de Crespo.

—

¡Domingu! á un astur ruin
Gritaba Fermin un dia:
¿Duermes? y el otro decia:
—No duermu, primu Fermin.
—Pues hazme un favor curriendu.
—¿Se ofrece alguna cosiña?
—Préstame una pesetiña.
—Quita, primu, estoy durmiendu.

***

—

Un quinto en cierta comarca
Disminuyendo tres dedos
A fuerza de mil enredos,
Gritó: «No llego á la marca.»
Notólo el corregidor,
Y dijo:—Estirate aun:
¿No has de llegar, si eres un
Tuno de «marca mayor?

V. Martinez.

PENSAMIENTOS.

—

No es el amor lo que creeis; no es esa violenta aspiracion de todas las facultades hácia un ser creado, sino la aspiracion santa de la parte mas etérea de nuestra alma hácia lo desconocido. (*Jorge Sand.*)

—

Sí, el amor es una claridad del cielo, un relámpago de ese fuego inmortal que compartimos con los ángeles, y que nos dió el Criador para desprender nuestros deseos de la tierra. La piedad eleva el alma del justo hasta el cielo, que desciende sobre ella con el amor; ese sentimiento procedente de la divinidad para destruir todos nuestros pensamientos groseros, que es un rayo de aquel que todo lo ha criado, y una aureola brillante que ilumina nuestro espíritu. (*Byron.*)

—

El amor no es mas que una ilusion y se forma, por decirlo así, un mundo propio, rodeándose de objetos que no existen, ó que solo él se ha forjado. Así se concibe que como todos sus sentimientos se revelan por imágenes, sea siempre figurado su lenguaje. (*J. J. Rousseau.*)

—

No quitemos nada al espíritu humano; porque suprimir siempre es malo. Lo necesario es reformar y trasformar. Ciertas facultades del hombre se dirigen hácia lo desconocido: el pensamiento, la meditacion, la oracion. Lo desconocido es un Océano. ¿Y cuál es la brújula de este Océano? La conciencia. El pensamiento, la meditacion y la oracion son fulgores misteriosos. Respetémosles. ¿A dónde van estas irradiaciones magestuosas del alma? A la sombra, es decir, á la luz. (*Victor Hugo.*)

—

El hombre se cree siempre mas de lo que es, y se aprecia menos de lo que vale. (*Goethe.*)

—

Haz de tu dolor un bálsamo compuesto de filosofía, de caridad, y de lágrimas para aplicarlo á los dolores agenos. (*Alejandro Dumas.*)

ERRATAS.

En algunos ejemplares de este JARDIN, se han deslizado las siguientes:

Primera plana, línea 8 de la revista, donde dice *volubre* léase voluble.

En la página 60, segunda columna, cuarta línea, donde dice *las puertes de la suerte*, léase las puertas de la suerte.

En la sesta línea de dicha columna, donde dice, *En templo de la suerte*, léase En templo de la muerte.

Editor responsable D. JOSÉ DIAZ FERNANDEZ.

MADRID: 1866.
Imprenta á cargo de José Diaz Fernandez,
calle de S. Mateo, 22, bajo.

Biblioteca Nacional de España